

Luis Beroiz

ENTRE CEJA Y CEJA



PRIMERA EDICIÓN DE TXALAPARTA
Noviembre de 2008

© DE LA EDICIÓN: Txalaparta
© DEL TEXTO: Luis Beroiz

EDITORIAL TXALAPARTA S.L.L.
Navaz y Vides 1-2
Apartado 78
31300 Tafalla NAJARROA
Tfno. 948 703 934
Fax 948 704 072
txalaparta@txalaparta.com
www.txalaparta.com

DEPÓSITO LEGAL
NA-3530-08

SBN
978-84-8136-533-7

DISEÑO DE COLECCIÓN Y CUBIERTA
Esteban Montorio
Sobre una foto de Juan Carlos Ruiz
(© Argazki Press)

MAQUETACIÓN
Nabarrería.com

IMPRESIÓN
Gráficas Lizarría S.L.
Carretera a Tafalla, km. 1
31132 Villatuerta - Navarra



A todos los que han tomado parte, directa o indirecta,
en el señalamiento, detención, tortura, entrega y
encarcelamiento injusto de nuestros hijos.
El día, no muy lejano, que este pueblo les juzgue,
seremos generosos en el perdón,
por más que no esté en nuestras manos olvidar.

PRÓLOGO

A NADIE QUE CONOZCA A LUIS le extrañará que haya escrito precisamente este libro. La Ertzaintza introdujo a la familia Beroiz en un laberinto interminable, de ésos que sólo desembocan en las puertas del infierno, antesala de condena y cárcel. Se llevaron a Andoni, su hijo, al que incomunicaron, maltrataron y condujeron ante un juez español a la espera de que lo sepultaran bajo toneladas de atestados policiales. Y el estupor dio paso a la indignación de un hombre como Luis, curtido en mil vivencias y compañero de pupitre de algunos reputados personajes de la *res publica*. Nadie, en cualquier caso, predispuesto a saltar a la palestra por causas intrascendentes.

Después de muchos años masticando los cristales de la incertidumbre, un tribunal condenó en 2008 a Andoni con una dilatada pena de cárcel. Pendiente del último recurso, las falsedades vertidas por la Ertzaintza, las imputaciones construidas sobre años de indefensión, parecen haber encontrado la sentencia que buscaban los ertzainas que planificaron aquella operación de castigo. El derecho a la defensa es en este estado policial un vaso de agua engullido por la insaciable meseta castellana, pero Luis encontró cauce, desde el pri-

mer día, para la denuncia. Escribió. Puso los puntos sobre las íes, emplazó públicamente a periodistas, burukides, mandos de la Ertzaintza, y gritó a los cuatro vientos. Demostró, desde una praxis impecable, que la rebeldía es acción directa frente a la injusticia, empezando por aquello que más íntimamente nos afecta.

Pese a los años transcurridos y la persistencia de Luis Beroiz en denunciar a torturadores, encubridores y políticos, todavía nadie se ha atrevido a rebatirle. Alguien debió pensar que es preferible el silencio a tener que explicar la conducta colectiva de un cuerpo policial que, concebido para hacer olvidar décadas de represión, no ha hecho sino ahondarla y complementarla. El miedo que les atenaza y mantiene callados es el temor a tener que argumentar como lo que son: tristes liberticidas a las órdenes del Estado.

En los últimos meses, Luis Beroiz ha ido tejiendo una novela. Ha utilizado los hilos de su propio argumento vital, y las formas monstruosas que surgían sobre el papel le han dado empaque y realismo. El título, *Entre ceja y ceja*, nos remite a la obsesión de la Ertzaintza por situar en el punto de mira todo aquello que les recuerda su función subalterna y lamentable. Su fijación con quienes saltan, libres y desinteresados, sobre el charco gris del marco legal y autonómico. La sordidez en la que se desenvuelven sus protagonistas es el trasfondo de esa obsesión.

Pese a todo lo que le rodea y afecta, Luis nunca ha perdido la ironía. Su claridad es un estilete atravesando la carne tumefacta que rellena los uniformes de la Ertzaintza. Describe el miedo a la libertad de los verdugos, recrea la atmósfera irrespirable de sus vidas y, sobre la temblorosa silueta de la ficción, nos arroja al abismo de esa realidad con mano firme y paso resuelto. El Luis que yo conozco sabe que le odian tanto como le temen, y, sin embargo, escribe como vive: comprometido con una lucha que trasciende a su tragedia. Sin

odio ni sobreadjetivación. Por más que lo han intentado, nunca le han arrebatado la sonrisa.

Estáis a punto de leer una novela en la que la infinita soledad del monstruo es uno de sus principales ejes. Pero más preocupante que la existencia del torturador, es su génesis en el seno de un cuerpo social tan vivo como el nuestro. Uno de nuestros fracasos más dramáticos es haber visto crecer a ese ejército autóctono, con ocho mil agentes corporativizados en torno a la subcultura de la violencia estatal. Y si tuviera que elegir la razón más perentoria para leer esta novela, contestaría sin dudar: Luis Beroiz nos acerca a los desagües de un edificio aparentemente impoluto, dejando al desnudo el odio con que la Ertzaintza ejerce de proa en la estrategia del PNV contra el independentismo. Para que algún día el agua fluya limpia por esos conductos habrá que devolver al terreno de la ficción a muchos de los protagonistas de la novela. Despojarles de la impunidad. Desterrarlos del ámbito de la civilidad. Circunscribirlos a sus páginas y quemarlos con ella. Sólo entonces dejará de escribir Luis. Mientras tanto, uníos a su denuncia y leed este magnífico libro.

Joxean Agirre Agirre
Autor de *¿Cipayos? Policía vasca o
brazo armado del PNV*
(Txalaparta, Tafalla 2007)

PRIMERA PARTE
IDENTIDADES

I

—¿Habéis leído? —exclamé tras cerrar la puerta y enarbolar uno de los diarios, éste de obligada lectura, de la mañana.

Enseguida caí en la cuenta de la impertinencia de mi pregunta, pues los periódicos, plegados unos encima de otros, descansaban sobre la mesa, todavía sin abrir desde que los trajera el repartidor. Los encontré relajados y desayunando. Unos tomaban café negro con azúcar, otros lo cortaban con leche fría, alguno lo prefería amargo y había quien, debido a problemas gástricos originados por el tabaco, se había decantado por una menta. Como sus gustos para las infusiones, así eran sus habilidades para el trabajo, diversas, diferentes, aunque escasamente imaginativas. Todos, unos más ostensiblemente que otros, daban muestra de un solemne aburrimiento.

—Leer, ¿qué? ¿A qué te refieres?

La noche, una más, había sido tranquila, y el día, que asomaba tímido por la ventana, tampoco hacía presagiar que fueran a darse variaciones atmosféricas de importancia. Hacía tiempo, meses ya, que no había detenidos ni estaba

previsto lanzar de nuevo la red, al menos a corto plazo. La estancia que hacía de sala de estar era amplia, al igual que la larga mesa, alrededor de la que se sentaban mis compañeros, en estos momentos en número de nueve. Las pantallas que conectaban con las cámaras ocultas de las salas de interrogatorios y calabozos estaban cerradas, apagadas. En funcionamiento, eran de una nitidez insultante.

En uno de los laterales, debajo del retrato del Presidente, dos banderas, la nacional, a la derecha, y la autonómica, a la izquierda. Las estanterías, de color bruno, medio vacías, contenían, desperdigadas, revistas y publicaciones de carácter deportivo unas, y de evidente contenido emocional y pornográfico el resto. Ordenados en fila, algunos CD de cantautores en euskera. Ningún libro dejaba ver su lomo. No había.

Eran las seis de la mañana y seguía amaneciendo, ahora con más descaro. Pronto se haría prescindible la luz de neón, de baja intensidad y amarillenta, ideal para acompañar somnolencias cortas. Yo venía de la calle, a donde había salido sólo un momento para tomarme un café negro con orujo en la taberna que abría la primera de todas.

—Entrad por las páginas de opinión, concretamente por la nueve —les indiqué para que no perdieran el tiempo pasando hojas.

No hizo falta que yo explicitara de qué diario se trataba. Enseguida lo apartaron, acertando. Estas cosas sólo se publican en lo que en nuestro argot denominábamos «El parte de guerra», debido a la belicosidad de algunas de sus opiniones. El resto de publicaciones —«El caso», denominado así en alusión a un periódico ya desaparecido, por su número infinito de chascarrillos e insustancialidades, y «El catecismo», así apodado por la aparente piadosa religiosidad de sus lectores y la estudiada ambigüedad de sus mensajes— no acostumbran, acatando instrucciones, a admitirlas, porque entienden que ese tipo de literatura descarnada está mejor oculta que al descubierto.

—¿Os lo leo en voz alta...?

El compañero que se prestaba a hacernos el favor tenía ya en sus manos el diario abierto por la página indicada.

El silencio que siguió a su pregunta significaba otorgamiento, aceptación. De haber mirado a través de la ventana en lugar de leer, habría podido ver, en lontananza, al final de la Llanada, una tira de luz rosada que se abría paso tras la montaña, iluminando su contorno.

II

Yo no soy como los demás, eso es evidente. Soy raro. Tan raro que el único lugar donde me siento capaz de interiorizar e hilar un mínimo pensamiento, es sentado en la taza del cuarto de baño, acoplado el trasero al cómodo óvalo de baquelita. Alguna vez, es verdad, he probado otros espacios donde poder preguntarme y contestarme cuestiones para mí esenciales, asomándome, por ejemplo, de noche, a los acantilados de Barinatxe, que protegen de la chusma una bonita playa nudista y salvaje, o sentándome sobre las grandes piedras blancas que bordean la regata que nace, fluye y desciende del monte Mandoia o, mismamente, adentrándome en la penumbra del bosque de robles que se incrusta en su ladera, pero todos estos bienintencionados amagos, hasta ahora, y pienso que ya sin remedio y para siempre, han resultado baldíos.

Los monocordes murmullos de cascada, el silbido del viento o el silencio de la umbría son, al menos en mi caso, incompatibles con la concentración. Únicamente apoltronado frente al bidé y observado, desde el cuadro de cristal que cuelga de la pared, por los ojos redondos de un petirrojo enjaulado emergiendo por detrás de unas cortinas blancas, me está siendo posible meditar y tratar de enlazar ideas tendentes todas ellas a justificar, incluso a valorar positivamente mi quehacer, mis ocupaciones, en definitiva, mi trabajo y mi

peculiar modo de entender la vida, mi vida, la única que de verdad me interesa.

Separado, ahora va a hacer dos años, de mi mujer, vivo con mi madre, viuda desde hace un par de décadas, y con mis dos hijos varones de siete y nueve años. La progenitora de estas dos criaturas me abandonó, creo, por culpa de mis horarios y por los celos y recelos que le sobrevenían al leer ciertas acusaciones que, a veces, se deslizaban en los diarios y que ella pensaba, con razón, que habían necesariamente de involucrarme, de tenerme como protagonista principal. Me soportó mientras pude ocultarle mi condición. Cuando la supo, se fue de casa. No necesité ninguna explicación. No hacía falta. Alguien, con toda seguridad un compañero disconforme conmigo, resentido por algo, o quizás enamorado de ella, se había ido interesadamente de la boca, me había descubierto y delatado.

Quiso llevarse a los niños, pero su huída voluntaria y precipitada, «abandono de hogar» le llaman los leguleyos, fue determinante para que el magistrado me concediese a mí su custodia. Esta decisión judicial me llenó de satisfacción, no tanto por quedarme yo con los críos, que también, sino porque ella, que los seguía requiriendo, se quedara sin ellos. Y aunque los chavales tienen ya una edad en la que, por volverse insoportables, se les empieza consecuentemente a querer algo menos, yo los necesitaba, pues era lo único que me quedaba. Al principio, ella venía a verles los fines de semana, pero debía ser tal la repugnancia que yo le seguía suscitando, que muy pronto dejó de hacerlo, desconociendo yo, hoy en día, su paradero. Mejor así, pienso, pues a mi madre siempre la vamos a tener de nuestro lado, tanto yo como sus dos nietos. Al menos, toco madera, mientras dure su ignorancia en lo que a mis hábitos y ocupación respecta.

Aunque ejerzo mi profesión en la capital, resido en un municipio, un pueblo dormitorio, que no citaré por razones obvias. Diariamente, aunque con horario muy variable por

seguridad, me desplazo hasta el centro de trabajo, situado relativamente cerca, a las afueras de la gran ciudad, y, esporádicamente, colaboro, siempre de paisano y de forma voluntaria, en incursiones, controles y manifestaciones de bajo riesgo, y esto por dos razones claras: para no anquilosarme con la rutina del calabozo y, sobre todo, para no perder contacto con lo que sucede en la calle ni con la información real que sus aceras deparan, elemental en mi trabajo.

Cuando me sitúo ante el espejo, y lo hago a menudo, éste, lo mismo en casa que en comisaría, me devuelve un rostro interesante, con dos incipientes entradas surcando la frente por sus costados, un cabello, aunque escaso, negro y estirado, sin canas, orejas proporcionadas, ojos grises y algo saltones, nariz chata como de púgil y unos labios, para mí lo más definitorio, gruesos y carnosos. El conjunto obtiene, al decir de algunos colegas, una calificación que supera, con creces, el aprobado. Yo me gusto. Es sólo al intentar la sonrisa, cuando me enfrento a un semblante falso, cínico, a una mueca indefinida, que, sin embargo, encaja con mis labores.

Ésta que describo es la imagen real de Manuel Salvidela Silveira, Manu, Manolo o, también, Manolito, si es mi madre la que me evoca. Operado de fimosis a los catorce, me extirparon un tumor maligno de colon hará aproximadamente cinco años, y he sobrevivido, además, a un amago opresivo de angina de pecho, del que estoy ya completamente recuperado.

No me importa confesarlo. Y menos ahora que lo hago despechado. Todo lo contrario. Yo soy torturador y me dedico de cuerpo y alma, y añadiría que con eficacia, a torturar. Ni voy a andarme con subterfugios. Mi trabajo consiste en poner al límite de su resistencia a los detenidos para que no olviden jamás su paso por comisaría y obtener, de rebote y si se tercia, información cualificada, asentimientos. Que no puedan a lo largo de su vida, eliminar de la mente su paso por el calabozo ni su experiencia conmigo. Adueñarme de ellos. Ésta es la definición real de tortura, por más que no se contemple en los

diccionarios. Nada me enorgullece más que eso. Y ése es mi premio, mi victoria, el pago por mis habilidades.

Ni mi madre ni los críos lo saben. Ni, por supuesto, mis vecinos, que apenas me ven y que, cuando lo hacen, me ignoran, lo mismo que yo a ellos. Mi condición sólo la conocen mis superiores, mis colegas, e intuyó que mi esposa, a la que creo que se lo comunicaron confidencialmente; y, por supuesto, lo saben todos mis torturados. Nadie más sabe lo que yo soy ni lo que yo hago. Y no me importa proclamarme torturador de profesión, incluso, sin reparos, añadiría que también de convicción. A pesar de lo cual, no me considero una rata. De permitírseme tarjeta de presentación, ésta rezaría: Manuel Salvidela Silveira, torturador en activo. Un trabajo, el nuestro, poco reconocido y, posiblemente, necesitado de una rehabilitación. Aunque bien mirado, y en lo que a mí respecta, me conformo con mi propia autoestima y con la recompensa que supone el recuerdo indeleble que genero en mis torturados.

Si doy un paso hacia atrás y me alejo sólo unos centímetros del espejo, contemplo músculos, arterias y venas dibujando meandros en brazos y cuello, o sea, un cuerpo cachas, logrado a base de inacabables horas de gimnasio. Se trata, sin duda, de un hermoso envoltorio que me permite encubrir otras deficiencias, en concreto aquéllas que, por alojarse en el intelecto, no tienen reflejo claro en el espejo. Confieso que no tengo estudios ni conocimientos o habilidades especiales que creen valor, pero éstas son carencias que, como digo, al no ser visibles, tampoco me preocupan. Reconozco estar diseñado mejor por fuera que por dentro. Sin embargo, y a pesar y por encima de todo, me siento encantado de ser lo que soy y agradecido del todo por ser como soy. Lo repetiré una y mil veces. Al fin y al cabo, se trata de una elección voluntaria y plenamente satisfactoria. No todos pueden decir lo mismo de sus ocupaciones.

III

—“Torturado en Comisaría...”

Se trataba, obviamente, del título del artículo. El compañero que se había ofrecido a leer en voz alta el escrito estaba dando inicio a su lectura. Hizo una pausa y nos fue mirando, uno a uno. Comprobó cómo todos habíamos abandonado lo que estábamos haciendo, dispuestos a prestarle atención. Sus primeras palabras así lo requerían. Volvió sus ojos al papel y prosiguió.

Conforme iba desgranando el contenido de la colaboración, la cara de los compañeros se iba transformando. La mayoría eran primerizos. Llevaban escasamente un año con nosotros, y todavía estaban en fase de aprendizaje. Ninguno decía nada con objeto de no interrumpir al que leía. Los cafés, que no se habían consumido, se enfriaban. El artículo era largo, bien escrito, cadencioso al oído, redondo. El sol, ahora sí, sin recato, se abría paso a través del ventanal, irisando los mástiles dorados que sostenían el trapo de las banderas y las cucharillas de alpaca, posadas sobre las tazas.

En un momento dado, alguien solicita que le repitan un pequeño párrafo, y el compañero no duda y lo hace:

Porque no hay muertos míos y muertos tuyos, *burukide*. Los muertos no tienen bandos. Todos los muertos reposan sobre una única mesa. La mesa de los que sabéis el remedio pero, por intereses bastardos, os empeñáis en no aplicarlo. Vuestros son todos los muertos. Y, ahora también, todos los torturados.

En la foto que ilustraba la colaboración, aparecían dos policías encapuchados, con casco, con porra, pertrechados de arma corta y también de larga, hollando con sus botas militares la tapa de una alcantarilla y contemplados de forma displicente por una señora que compartía, se ve que muy a su pesar, acera con ellos. A mí, lo confieso, me molestaba que compañeros míos tomaran tantas precauciones. No lo entendía. Por eso, en los interrogatorios, yo siempre actuaba a cara

descubierta. Liberar al detenido del sadismo de mi sonrisa, no entraba en mis cálculos, era mucha concesión. Con la cara tapada, me resultaba imposible realizarme. Me daba la impresión de no ser yo mismo, de no ser el principal protagonista. No disfrutaba. Por motivos idénticos, jamás oculté las caras de los interrogados. Dicho de otro modo, siempre he pensado que eso de embozarse era de cobardes, y lo sostengo: de cobardes y de mojigatos. Nuestro mensaje de terror debe comenzar por la expresión y mueca de nuestro propio rostro.

—Esto es todo –dijo al concluir la lectura–. Si queréis, os lo leo de nuevo.

Algunos nos miramos y asentimos con la cabeza. El contenido era denso, aparte de novedoso. Quizás fuese por la falta de costumbre, pero había mensajes agazapados entre líneas. Demasiadas ideas juntas para digerirlas tras una única lectura.

—“Torturado en Comisaría...”

Esta vez, el compañero leyó más despacio. Intercalando paradas. Alguno incluso hacía como que tomaba notas. Ahora se entendía mejor y le encontramos más sentido, más ligazón que antes. Algunos cafés seguían intactos y el sol era ya insultante. Cuando dio por finalizada la lectura, antes de doblar el periódico, nos mostró la foto de los dos encapuchados.

—Es fuerte –el silencio lo rompió el mismo compañero que acababa de leernos el escrito–. Este tipo ha reaccionado igual que un animal herido.

—Sabe lo que se dice, a quién se lo dice y por qué lo dice. Han transcurrido más de treinta días desde la detención de su hijo. No se trata, pues, de ninguna improvisación. Sabe lo que busca. Lo que dice está todo muy pensado, muy estudiado, matemáticamente controlado.

—¿No es raro? Salvo el título, a nosotros ni nos cita.

—No le interesamos. Nos considera inferiores. Sabe lo que quiere y va derecho a la cabeza. Se dirige a los que cree principales responsables de su desgracia; a quienes, desde la

sombra del poder, gestionan el devenir de todo cuanto sucede. Lo dice bien claro. A los que dan la cara, incluido el Presidente, les tacha de marionetas. Cita algunos nombres pero deja premeditadamente en el anonimato al que considera cerebro y máximo culpable, no sólo de lo que le ha ocurrido a él, sino de lo que, por culpa de ellos, él considera que le está sucediendo, en general, a su pueblo. Me refiero a ése que denomina «burukide». Pareciera como si quisiera jugar al escondite con su identidad. Él sabrá por qué lo hace. Lo cierto es que le dedica un buen párrafo. Vuelve a leerlo, por favor, pues ahí puede que tengamos ocultas su identidad y la clave de su escrito.

Yo a quien debo y quiero referirme es a los verdaderos responsables, a los que ostentan label de ejecutivo, que no son los mandados sino los que mandan, que no son los dirigidos sino los que dirigen, que no son los renovables sino los permanentes, los fijos, aquéllos que manejan desde hace más de 20 años los hilos del poder, los que se mantienen mientras sus satélites van rotando. Los cerebros, en una palabra. Los que planifican, los que planean las estrategias, los que determinan las alianzas. Y concretamente, en esta primera entrega me estoy refiriendo a ti, *burukide* importante, dicen que de los más importantes si no el más importante, con quien me ha tocado por motivos profesionales rozar más veces y durante más tiempo. El suficiente para conocernos mutuamente.

Te va a resultar fácil identificarte porque, por razones laborales y no de otro tipo, hemos compartido mesa y mantel durante varios años en los mejores restaurantes de Bilbao y alrededores. Para nosotros eran, ¿recuerdas?, los primeros *perretxikos*, los mejores percebes y los vinos de más solera. A los postres, siempre la misma y aburrida cantinela política, pues carecías de conversación de más fuste temático. ¿Quién me iba a decir entonces que tus encapuchados nos iban a llevar al chaval de casa y torturarlo tan cobardemente como lo han hecho? Aunque debí suponerlo.

—Es extraño. Aunque puedo equivocarme, parece como si él mismo fuese o hubiese pertenecido al mismo clan que ellos. Tenemos que investigar esas conexiones profesionales que cita, para llegar a la identidad de ese alto cargo con el que acostumbró a almorzar en los mejores restaurantes. Su enfado, cuando lo lea o se lo digan, podría, según quien sea, volverse contra nosotros. Ningún político es de fiar. Que alguien localice dónde trabajan o han trabajado juntos. Las dos carreras con las que firma el artículo pueden llevarnos hasta un hombre posiblemente influyente.

—¡Calla! Ahora que lo dices. ¡Si es el padre de Jon Ander, tu pupilo, Manu! ¿No te acuerdas? El viejo que tanta guerra dio durante el registro de su domicilio.

¡Era cierto! ¿Cómo no había caído antes en la cuenta? Pues muy fácil, ahora que lo pienso. Yo, cuando interrogo, siempre utilizo nombres. Es más cercano, más íntimo, también más sardónico. Nunca uso apellidos. De ahí que ahora no engarzara el del padre con el nombre de su hijo. ¡Vaya sorpresa! Tras la revelación del compañero, no pude evitar que una retahíla de recuerdos comenzara a desfilar, ininterrumpidamente, ante mis ojos cerrados. «Jon Ander, Jon Ander», repetía en mi interior. ¡Qué claro lo veía todo ahora! No obstante, y aunque me costó, aparenté indiferencia.

—Yo no le daría demasiada importancia –intervine sin ninguna fe en lo que estaba diciendo—. Me inclino a pensar que se trata más bien de un rebote, de una pataleta de padre que se cree traicionado por un amigo y que va a quedar en eso, en un amago de rabieta.

—No sé, no sé. Ya me gustaría, pero, esta vez, no estoy muy de acuerdo contigo. Mira lo que dice. A él le retuvo la Policía, su padre se las tuvo con la Guardia Civil y ahora nosotros nos hemos hecho cargo de su vástago. Yo no bajaría la guardia. Hacía tiempo que, en lo que a nosotros respecta, nadie denunciaba estos hechos de una forma tan directa, tan

clara, no sé, tan chulesca. Y malo es que alguien empiece. Yo, Manu, me andaría con cuidado.

—¿Qué quieres que te diga? Puedes hasta tener razón. A mí, sin embargo, este tipo de reacciones no sólo no me preocupan, sino que incluso me llegan a poner. Que nadie hable de mi trabajo, me deja plano, descolocado, me deja vacío. Es como aquél que bate un récord –número de peladas en sesenta minutos– pero nadie se lo homologa porque nadie se lo ha visto hacer. No tiene gracia. ¿O sí?

Mi intervención, tras provocar la risotada de todos, tuvo también la virtud de poner fin a la cháchara. Estábamos todos cansados de la noche en vela. Recogí el periódico, lo doblé cuanto pude y lo introduje en la papelera de tubo. Me despedí de todos y cerré la puerta.

Ya en la calle, rememoré nítidamente al hijo del autor del escrito que acabábamos de escuchar. Tan nítidamente que me sorprendí hablando solo. Justo ahora se cumplía un mes desde que se lo llevaron, desde que me lo arrebataron. Al recordarle, un inquietante escalofrío recorrió de arriba abajo todo mi cuerpo. La aparición del padre no me daba ninguna buena espina. Tenía razón el compañero, pero no podía dársela y menos delante de los demás colegas. Mientras conducía, reviví las escenas que compartí con Jon Ander en comisaría. Aunque procuro siempre olvidarlas, las circunstancias me estaban, hoy, obligando a su recuperación.

Una vez en casa, tras besar a los niños que, recién levantados, estaban desayunando con mi madre, mondé una naranja para comerla con ellos, sin ganas, y me fui a la cama. Allí, aunque cerré los ojos, no pude evitar retrotraerme a la experiencia vivida hacía pocas semanas en los calabozos, hasta el punto de no poder dormirme. Me levanté, me preparé un café, lo bauticé con ginebra, lo tomé de una vez, me arrebujé en las sábanas, me cubrí con la almohada, e intenté quedarme dormido, no sin antes comprobar, desde detrás del

visillo, cómo los críos subían de un salto al autobús escolar, acompañados y ayudados por su abuela.

IV

La primera vez que yo oigo hablar de Jon Ander, mejor dicho, el día que conozco personalmente a Jon Ander, hijo del autor del inesperado escrito, coincide en el tiempo con la celebración de un funeral, el de un salvapatrias fallecido mientras manipulaba un artefacto en un barrio de las cercanías de la capital. Las honras fúnebres iban a tener lugar, por la tarde, en la localidad natal del fallecido. Faltaría a la verdad si negara que éstos son unos de esos momentos que los policías esperamos con impaciencia en comisaría, esos momentos en que los radicales lloran y sufren por la pérdida, para ellos, de un ser querido, y en que nosotros celebramos por lo que entendemos desaparición definitiva de un hijo de la gran concha.

En efemérides como ésta, tras el almuerzo, a los postres, acostumbramos a descorchar el más espumoso de nuestros licores. Fumamos hierba distraída de los decomisos. Hierba y lo que se tercié. ¡Qué pasa! Son fechas inolvidables en que se nos permite de todo y no se nos prohíbe nada. Son días en los que la mayoría nos prestamos voluntarios para salir a la calle con los juguetes de asustar, pues, a la alegría por la muerte, todos quieren añadir la gozada que supone estropear, torpedear el homenaje que, positivamente, sabemos le van a tributar los que más le quieren, los que más nos odian. Un caído en sus filas es un regalo que no se produce con la frecuencia que nos gustaría. De ahí que, cuando sucede, aprovechemos al máximo la oportunidad que se nos brinda.

Estaba claro en principio que teníamos que impedir, por todos los medios, un adiós pacífico y, desde el cuartelillo de la población cercana, preparamos sobre plano la celada. A estas

alturas, no hace falta que nadie nos diga que nuestra presencia en el acto iba a ser motivo de rechazo, de más rabia y de malestar añadido. A nadie se le escapa que eso va a ser así. Si, además, adoptamos poses largamente ensayadas para la ocasión, estamos garantizando la reacción que buscamos y, con ella, el éxito del safari.

En estos eventos excepcionales, ni en los preparativos ni en las decisiones que adoptamos sobre la marcha en la refriega, acostumbran a interferir nuestros mandos. Como ya he dicho antes, gozamos de carta blanca; nos dejan hacer. Con este pago en especie nos compensan el que nos regatean en nómina, siempre, sea cual fuere su montante, insuficiente.

Para cuando fueron llegando los primeros asistentes al acto de despedida, ya estaban apostados varios furgones a la entrada del pueblo, que también era la salida, con las dotaciones hartas de alcohol y grifa, encapuchadas y armadas desde el cuero de las botas hasta el metal de los cascos, listas a derramar adrenalina. El hecho de ir tapados hizo que otro compañero y yo prefiriéramos acudir de paisano y mezclarnos, a cara descubierta, con la gente que tomaba posiciones, poco a poco, en los alrededores del templo. El tañido intermitente de una pequeña campana impregnaba de más tristeza, si cabe, la atmósfera tensa de la plaza.

Y si, ya de por sí, los cánticos de iglesia rezuman melancolía, los que se escuchan en los óbitos, sobre todo si se expresan en latín o en euskera, al no entenderlos, se convierten en paradigma de lobreguez y angustia. El recinto, tanto exterior como interior, estaba abarrotado. Gentes de todas las edades y condición se habían reunido para mostrar su solidaridad con la familia, que presidía el acto con una aparente gran entereza. Las miradas de todos, sus labios apretados, aquel silencio, expresaban mejor que nada el intenso dolor que la ausencia del muerto les producía. Y algo más que, por conocido, no llegó a desconcertarnos.

La ceremonia transcurrió sin incidentes. Chocaba contemplar a tanto agnóstico descerebrado manteniendo la compostura en una ceremonia religiosa. Al cementerio, tras la función, sólo se acercaron los más allegados. Al finalizar el homenaje, se fueron formando en la calle corros informales de contertulios. Los temas de conversación, según pudimos escuchar, versaban sobre aspectos ajenos al acto que acababa de tener lugar, y su contenido era más bien rutinario. Al poco tiempo, cuando los familiares se hubieron retirado, comenzaron todos a desfilir cansinamente en dirección a sus coches aparcados en las afueras, debiendo pasar la mayoría, en su recorrido, justo al lado de las dotaciones policiales.

La presencia de aquellos furgones, a pesar de su calculada ubicación, estaba siendo obviada y ninguneada por parte de los asistentes, que seguían abandonando el lugar, caminando despacio y de manera pacífica. Mis compañeros, en cambio, habían ido allí con un objetivo claro y no podían volverse de vacío. Necesitaban trofeos en el retorno a sus cuarteles. Había llegado el momento de dar inicio al plan preconcebido. La señal convenida, como tantas otras veces, era, camuflados entre los que ya se retiraban, gritar al acercarnos a ellos con todas nuestras fuerzas y lo hicimos

—¡Asesinos!, ¡mercenarios! *Alde hemendik, txakurrak...!*

Y cargaron, como estaba previsto. Con la carga, cunde el pánico. Al fin y al cabo, somos perros entrenados, nos convertimos en jauría y necesitamos este alimento como el pangolín necesita lamer hormigas para sobrevivir. La gente, unos doscientos, ante tanta furia incontrolada, corre, se esconde donde puede, trepa monte arriba o se oculta entre coches o debajo de los camiones. Los embozados se ceban, se crecen, se divierten. Pisotean cuellos, retuercen brazos, dan patadas. Los que no pueden esconderse se defienden lanzando las pocas piedras y cascotes que encuentran y armando una elemental barricada con el escaso mobiliario que tienen a su

alcance. Las fuerzas, es evidente, son desiguales. Unos han ido preparados y los otros han sido sorprendidos.

De haber querido, se podía haber detenido a todos, pero bastaba con una muestra. Unos pocos serían suficientes, pues lo que se busca con estas cargas es sólo un escarmiento. Al ver que otros corren, vemos a varios que se esconden bajo la cama y en la cabina de un camión aparcado. Son novatos. No tienen escapatoria. A una señal nuestra, los compañeros se abalanzan sobre ellos. Allí mismo, en el suelo, son objeto de nuestra cortesía. Patadas por todo el cuerpo, bocachazos, puñetazos, hasta que les ruego que paren, que ya basta. Soporto mal la agresión física, cuando la veo practicar a otros, pues he nacido para actor y no para espectador. Los retenidos, boca abajo, no se mueven. Palidecen de terror. No dicen nada. Los esposan, los meten al furgón y se los llevan a comisaría.

En estos casos, no es prudente, aunque nos encantaría, maltratarlos físicamente, pues a las pocas horas deberán prestar declaración en el juzgado, y sólo se les veja verbalmente, a modo de desahogo. No se precisaba, pues, mi intervención, ya que para testimoniar hasta los últimos incorporados son válidos.

La acusación sería, según lo convenido, por desórdenes públicos. Por la mañana comparecerían ante el juez tanto los retenidos como los policías testigos. Tras los testimonios, quedarían en libertad. Es lo habitual en estos casos de acciones consideradas de nivel o rango inferior. Echo una ojeada, antes de irme, a los cuatro esposados a través del cristal opaco –yo puedo verles aunque ellos a mí no–, y compruebo que ni siquiera se dirigen la palabra entre sí. No se conocen. Permanecen cabizbajos, pensando en nunca sabremos qué, aunque lo suponemos. El miedo se ha adueñado de todos ellos. Misión cumplida.

Me despido de los colegas y me dirijo al club de alterne ubicado en una de las orillas de la autovía, muy cerca de

donde vivo. Estos acontecimientos hay que celebrarlos de forma completa, por todo lo alto, sin dejar nada a la improvisación. Todo había salido según lo ensayado, según lo programado. Al menos, eso me parecía.

Unos días más tarde, llega a la comisaría una fotocopia con la declaración de los compañeros, en la que exponen textualmente ante el tribunal que no sabrían concretar si los retenidos insultaron o amenazaron a los agentes y que no vieron a ninguno de ellos lanzando piedras u otros objetos a la policía. Tan apabullante testimonio, tan irrefutable prueba hizo que, por pura lógica, concluyéramos que la denuncia, al carecer de visos para prosperar, sería sobreseída y archivada. Como tantas otras veces, nos habíamos vuelto a lucir por culpa de unos aprendices de malo que mejor si les asignan los controles de alcoholemia o la regulación de las salidas y entradas a los colegios, para dar preferencia a las colegialas sobre los coches. Estos modales de seminarista de los recién llegados eran lo que más me irritaba.

Así es, pues, cómo Jon Ander entra en mi vida; así le conocí. Él era uno de los cuatro esposados. En su declaración, negó todo ante el juez, igual que los demás, y, no me duele prenda decirlo, con toda la razón del mundo. En la refriega, era de todo punto imposible determinar quiénes nos lanzaban los cascotes de baldosa, por otro lado inofensivos dada la distancia. Puedo dar fe de que ninguno de los retenidos lo hizo. Los que lo hicieron corrieron y escaparon, no se escondieron. Para capturar a éstos últimos era necesario adentrarse entre la chusma, y no era prudente. La bronca del jefe a los compañeros testigos por su simpleza y por la ambigüedad y escasa rotundidad de sus confesiones, fue de las de enmarcar. Y es que, con las nuevas incorporaciones, vamos claramente a menos, nuestra credibilidad se esfuma. Algunos seguirán siempre reacios y no aprenderán nunca a mentir o a no decir la verdad, algo esencial en esta profesión. Hoy, para acceder

al Cuerpo, a los candidatos les basta con ser hijos de amigo o sobrinos de amiga.

De poco habían servido, pues, las retenciones. Bueno, de algo sí. Nosotros pocas veces hacemos algo en vano. Nuestras intervenciones siempre dejan huella, nunca carecen de sentido. Habíamos penetrado subrepticia y alevosamente en las vidas de los retenidos y en las de sus familiares. La policía había horadado su intimidad y, sin ésta, peligraba su libertad. Por primera vez, sentían nuestro aliento en sus nuca. Estaban en nuestras listas, habíamos marcado el portal de sus casas con brochazos de advertencia. Su suerte estaba echada. Les iba a resultar muy difícil, de ahora en adelante, vivir tranquilos. Esa noche de incertidumbre les habría quedado grabada, y no les iba a resultar fácil olvidarla. Solamente esto ya nos compensaba del escaso reconocimiento que tenía nuestro oficio.

V

A decir verdad, y pecando de sincero, lo sucedido en las exequias yo ya lo tendría olvidado si no hubiese sido porque Madrid se estaba cansando de nuestra inoperancia y exigía resultados. A la sazón, gobernaban unos envalentonados populares, empeñados en difuminar y tachar, por las buenas o por las malas, la fisonomía del País Vasco de la superficie de todos los mapas. Como siempre sucede en estos casos, la reacción de la gente, ante lo que consideraban inexplicables disparates, no se hizo esperar. La lucha en la calle adquiría dimensiones inimaginables hacía tan sólo unos meses. Las detenciones, no obstante, seguían sin producirse, al menos en la cantidad y calidad requeridas desde Madrid. Si patrullabas Elorrio, te la jugaban en Erandio. Si Trápaga, en Lekeitio. Si Durango, te montaban el pollo en Gernika. Ni cámaras de bancos, ni cámaras de acera se mostraban eficaces a la hora de identificar enmascarados. La desorientación era total y

absoluta en los cuartelillos. Ni durmiendo en el interior de los cajeros, ni apostados en los cruces de carretera, ni disfrazados de pijos en las fiestas de los pueblos, éramos capaces de detectar ni tan siquiera los movimientos sospechosos. Todo eran conjeturas, recopilación de datos sin interés, ninguna prueba.

A nadie pues extrañará que los componentes del tripartito, incómodos en primera instancia por los movimientos espontáneos que surgían contra las escandalosas medidas que se estaban adoptando en Madrid, acuciados y acusados, en segunda instancia, de ineptitud antiterrorista por el Gobierno central, y atemorizados, sobre todo, por la inminencia de la más que previsible pérdida de sus poltronas, se plegasen a las exigencias del Partido Popular y nos conminasen a actuar de la forma que fuese, pero con resultados, bajo amenaza de repercusiones en forma de sanciones caso de no producirse éstos. Madrid había cogido las riendas y, azuzando a sus corceles, marcaba la meta a la que había que llegar sin excusas. Los populares detentaban el poder, y éste era absoluto. Para el resto, absolutas únicamente eran la sumisión y la obediencia.

Así es cómo se dio inicio a una intensa y extensa *razzia*, que llenó de pánico las dos orillas de la ría y los pueblos adyacentes. El Departamento desempolvó las listas, extrajo fichas y se fueron poniendo cruces al lado de nombres que, por diversas circunstancias, habían ido incorporándose a nuestros archivos a lo largo del tiempo. Estábamos preparados. Imputándoles acusaciones que se retrotraían al año 1997 y siguientes, los compañeros, a capucha calada, detuvieron, esposaron e incomunicaron, sin prueba convincente alguna, a cuantos jóvenes se habían distinguido por pegar carteles, encabezar concentraciones y manifestaciones o simplemente visitar presos. Lo hicieron de forma escalonada, con la finalidad de crear más incertidumbre, optando por ubicar las detenciones en los lugares más inverosímiles, a fin de apa-

rentar una estudiada planificación. Madrid no tardó mucho en mostrar su reconocimiento. Corría, a la sazón, el capicúa 2002. Noviembre del 2002. Mi misión, ahora, era escarmen-tarlos.

En la redada, cayeron varias decenas de presuntos. Poco importaba su culpabilidad o su inocencia. Teníamos cinco días y cinco noches para adjudicar todas las acciones de lucha callejera, sin obviar ninguna. Y las manos libres y la bendición y aquiescencia de los mandos para conseguirlo. Teníamos candidatos suficientes para que se comieran todos los marrones. Se habían acabado el aburrimiento y el tedio en comisaría, ese montón de horas y de días sin tener absolutamente nada que hacer. Los medios de comunicación estaban con nosotros. Sin su respaldo, nada de todo esto sería posible. Cubrieron fielmente las detenciones con sus cámaras y ofren-daron sus páginas para recoger las imputaciones. Se presu-mía que también forenses, jueces y fiscales estarían a la altu-ra cuando llegara su turno. A éstos, más que el dinero, que también, les engatusaban las posibilidades de ascenso, el estrellato. En redadas masivas, resultaba más fácil satisfacer las demandas de todos los componentes de la cadena.

Ese mediodía, en el bar de debajo de casa, compré fritos de gamba para mi madre y un helado de cucurucho para los niños. ¿Extraño? Ellos son lo único que tengo y acostumbro a hacerles partícipes de mi alegría cuando, como hoy, estoy rabiosamente contento. Y no era para menos. Con la que había caído, tenía entretenimiento para varios días. Ya casi se me estaba olvidando la profesión.

VI

Llevaba ya un tiempo despierto cuando sonó el teléfono. Era muy raro que me llamaran y, más aún, que lo hicieran a hora tan temprana. Connmigo nadie conectaba, si no era por error o

desde la comisaría, pues mi móvil sólo era un instrumento más de trabajo.

—Va a ser mejor que vengas en cuanto puedas —la llamada, efectivamente, procedía de comisaría—. A tu amigo el licenciado le han vuelto a publicar, y esta vez ha exprimido su belladona, dedicando su jugo íntegramente a nosotros. Nos pone finos, macho. Estamos reunidos, pero no comenzaremos hasta que tú vengas. Procura no tardar mucho, ¿vale?

Unos meses antes hubiese dudado entre levantarme o continuar durmiendo. A mí, todo el montón de licenciados que las universidades van escupiendo, año tras año, me la han traído al paio, pero ahora, desde que esta garrapata ha irrumpido en escena, todo empieza a ser distinto. Me decanté pues por sacar mi cuerpo desnudo de entre las sábanas y calzarlo con las chancletas de baño. Por otra parte, me gustaba que mis colegas contaran conmigo, que no hicieran nada sin mí. Aún sin serlo de forma oficial, implícitamente me consideraban su jefe. No sé el motivo —¿mi refinamiento, quizás, con los detenidos?— pero yo tenía cierta ascendencia sobre ellos. Era notorio que yo con mis métodos conseguía mejores resultados que ellos utilizando los suyos.

No tardé ni veinte segundos en dar con las manos el último retoque a mi pelo, antes de alcanzar la calle. Sorbí el café recién calentado en el microondas, puse en marcha el coche, y salí en dirección a comisaría.

Los encontré, no podía ser de otro modo, algo abatidos y con cara de preocupación. El periódico estaba ya abierto por las páginas de opinión. Alguien apagó la radio de los obispos, desde la que su vocero se repetía monotemático mañana sí mañana también. Esta vez, el artículo venía sin acompañamiento de foto.

—Tendrás que disculparnos por estropear tu día libre, pero hemos creído importante que te reunieras con nosotros.

—Y yo os lo agradezco. Pero no me pidáis que adelante comentarios sin conocer antes lo que ese desgraciado dice de nosotros.

Cogí el diario, me senté y comencé a leer. Todos me miraban y eso es algo que no puedo soportar. Me levanté y me fui hasta la ventana, dándoles la espalda. Cuando acabé la lectura, rechacé la socorrida tentación de decirles que no se preocuparan, que no pasaba nada. Hay veces en que me es imposible disimular, y ésta era una de ellas.

—Esto no es normal. Este cabestro se ha atrevido a sacar pecho. Le duele su hijo. Sólo nos queda, no hay otra salida, comenzar a pensar sobre qué podemos hacer nosotros para poner freno a estas incursiones públicas.

Fue lo único que se me ocurrió para salir del paso y romper un silencio que se estaba haciendo desagradable. Y más, sintiéndome centro de sus miradas, puesto que, en nuestro argot, Jon Ander había sido mi pupilo.

Era evidente que yo también estaba a punto de empezar a crisparme. El arrojito de los demás, como en este caso el del licenciado convertido en escribiente, al tenerlo enfrente, siempre me ha producido sarpullido, desasosiego. Es algo que no soporto. En muy pocas líneas, el padre de Jon Ander había compendiado algunas de las torturas a las que habíamos sometido a su hijo. Narraba parte de lo acaecido en los calabozos desde que fue detenido hasta que, días más tarde, se procedió a su traslado y entrega. La novedad estribaba en que no era como otras veces el hijo, menos creíble, el que denunciaba los malos tratos, sino que era su progenitor el que estaba asumiendo ese rol y de cara al público. Y había peligro de que su credibilidad pudiese ser muy diferente, sobre todo en esferas de influencia, según íbamos recabando datos acerca de su actividad profesional y contactos.

—Y, sin embargo —añadí, forzando una sonrisa—, aún podemos estar agradecidos porque su hijo le haya cantado de la misa sólo el introito, bien porque no se atrevió, porque no

se acordó de todo, por vergüenza o porque, acordándose, intenta desterrar aquel recuerdo de su memoria.

El escrito, fundamentalmente, describía con detalle el trato que le habíamos dispensado, las diversas salidas al hospital durante la detención, las alusiones que hacíamos en los interrogatorios a la enfermedad que su padre, el autor de los escritos, había padecido, con el único objeto, esto último, de desmoronar la voluntad del hijo. En boca de éste último coloca esta frase:

«Nada más introducirme al furgón, al oír las numerosas voces de ánimo de la mucha gente congregada, me dicen: “¿Ya oyes? Pues escúchalos bien, porque de ahora en adelante lo único que atravesará tus oídos van a ser tus propios gritos”. El viaje lo hago entre constantes vejaciones y amenazas. Era sólo el aperitivo. Una vez en comisaría, daría comienzo el verdadero infierno».

—¿De quién fue la idea de esposarlo en el frontón y delante de sus alumnos menores de edad...?

—Vamos a ver –salté exaltado–. Calma, calma, calma. ¿Creéis, acaso, que es éste el momento de ponernos a buscar culpables? Los hechos ahí están, y ahora de lo que se trata es de afrontarlos para darles solución antes de que sea tarde, no de ubicarlos en las espaldas de nadie. Lo que necesitamos ahora, más que reproches, es aportar ideas factibles para intentar poner freno a su acoso.

—Se me ocurre –comenta uno– que podríamos exigir del responsable político que salga al paso de esas declaraciones, que las desmienta y que inicie querrela contra él por difamación o calumnias. Nadie va a poder probar nada. El informe de los forenses nos favorece. Y los jueces han archivado la denuncia por torturas que en su día presentó Jon Ander.

—También podríamos –interviene otro– intentar cortar su acceso a los medios de comunicación. Tiene que haber fórmulas para lograrlo, incluso tratándose del diario radical que le publica.

—¿Y si le damos una buena lección para que se entere de con quién no se puede ni siquiera hacer bromas? Que yo recuerde, con nosotros nadie se había atrevido a hurgar como lo está haciendo este pinzón escaldado. ¿Se ha creído el patillas de Sierra Morena o qué?

En vista del cariz que estaban adquiriendo las sugerencias, les volví a rogar serenidad. Ellos no tenían ni mi experiencia ni mi carácter. Les recordé que para nada debía desairarnos el hecho de que se aireasen los métodos que aplicábamos en nuestro trabajo. Era bien conocido de todos y aceptado por la mayoría, en particular por los políticos, que no hay otra forma de acabar con esta lacra, si no es de esta manera, si no es con estos argumentos. También éramos conscientes de nuestra impunidad. ¿Por qué, entonces, ponernos nerviosos?

—Lo más importante, ahora, es mantener la tranquilidad —tomé de nuevo la palabra—. Algunas de las soluciones que habéis mencionado, pudieran muy bien ser interpretadas como aceptación de las imputaciones que se nos hacen en el escrito. Y eso nunca. No seamos pardillos. No nos precipitemos. Dejemos que pasen los días. El transcurso del tiempo suele mostrarse como uno de los mejores remedios, dadas las circunstancias.

—Olvidas que últimamente el personal en la calle, a base de mentarlo incluso en foros internacionales, se está sensibilizando con este tema de las torturas, aunque las puyas fundamentalmente vayan dirigidas a los cuerpos nacionales de seguridad —me replicaron—. Pero malo, muy malo, es que se hayan vuelto a acordar, también, de nosotros, después de tanto tiempo.

Me levanté para salir de la sala, para ir a casa y, con toda seguridad, volverme a la cama. Había hecho votos para que nada de lo que estaba ocurriendo me estropeará el descanso, y ponía todo mi empeño en conseguirlo, si bien presentía que esa breva no iba a desprenderse tan fácil de la higuera. Todo

lo que me estaba sucediendo, lo era por vez primera. Eso era lo malo o, mejor dicho, eso era lo peor.

—¿Alguien que se quiera encargar de indagar más detalles sobre nuestro nuevo inquisidor? No sé, quizás encontremos en su historial algo que le comprometa. Seguro que, entrando en internet a través del apellido, nos topamos con hallazgos interesantes –añadí–. Tú mismo –dije, señalando a un jovencísimo compañero que dominaba los intrínquilis y pormenores de los ordenadores.

—¿Y si exigimos que le pinchen los teléfonos? ¿Y que se introduzcan en su correo electrónico o en su disco duro?

Fue lo último que oí, antes de salir y cerrar la puerta. Tenía que poner en orden mis pensamientos. Era necesario. Sólo podía lograrlo en soledad y en el lugar de costumbre.

VII

Y poner en orden mis pensamientos significaba retrotraerme, de nuevo, cinco semanas atrás, a los hechos subsiguientes a la última redada. Regresar al preciso instante en que, tras ser detenido, me entregan a Jon Ander, poniéndole a mi entera disposición. Volver a los días y a las largas noches que, juntos, habíamos vivido el detenido y yo en comisaría. No tuve dificultades para rememorar aquellos pasajes, puesto que tampoco era mucho el tiempo transcurrido desde que habían tenido lugar. Un espacio, pues, relativamente corto, que me permitía cotejar lo sucedido entonces con el comportamiento que, ahora, estaba adoptando su viejo.

Confieso que no lo hice con desagrado, pues siempre es gratificante traer a la memoria los triunfos. Y, en aquel pulso, el claro vencedor había sido yo. La virulenta reacción de su viejo, aunque incómoda para todos nosotros, venía a confirmarlo.

Yo, ya se habrá comprobado, me tengo a mí mismo por perfeccionista. En el trabajo y en todos los órdenes de la vida. A mí me gusta, antes de colocarme enfrente, visualizar a quienes otros compañeros detienen, contemplarles a través de las cámaras ocultas instaladas tanto en sus celdas como en la sala de interrogatorios, estudiarles sin que lo sepan, sin que me vean. Me interesan sus posturas, el rictus de sus rostros, su mirada, la posición de las manos, si se hurgan la nariz, su palidez, su ansiedad, si, efecto del nerviosismo, experimentan erecciones, el grado de su pánico, en definitiva.

Le reconocí tan pronto como se encendió la pantalla. Jon Ander apenas había cambiado nada, quizás un poco más delgado que el día del funeral. Estaba sentado en el suelo y se entretenía intentando desplazar las argollas de las esposas que le apretaban las muñecas. Recuerdo que, como hago con todos, le puse música, primero suave, luego más alta y, de repente, estruendosa, insoportable, lo que provocó que elevara la vista a todos los rincones de la habitación, sin que lograra detectar de dónde procedía semejante algarabía. Me pareció verle mover los labios, defecando probablemente, aunque él a mí no me conocía, sobre todos mis muertos. Señal inequívoca de que me lo habían traído entero, como a mí me gusta que me los confíen.

Yo nunca asistía ni a las detenciones ni a los traslados. Ésa nunca ha sido mi labor. Tenía, sin embargo, una manía o costumbre, y es que, previo a los interrogatorios, creía importante conocer los pormenores de ambas situaciones, pues esto me facilitaba la tarea de hacer empatía con el preso, en aras de una mayor eficacia. Con este fin, ya había recabado información de uno de los colegas presente y protagonista de la operación en que fue detenido Jon Ander, rogándole que procurara no olvidar y que recordara hasta el más sutil de los detalles, pues lo que a él pudiera parecerle insignificante, para mí podía ser primordial.

Comenzó su relato, diciéndome cómo, junto a otro compañero, llevaban varios días acudiendo a los entrenamientos de pelota que dirigía el detenido. Se colocaban en las barandillas de la última grada, junto a un grupo de madres que presenciaban, todos los días, los progresos de sus hijos. Me confesó, con gesto de pedir perdón por lo que me decía, que daba gloria verlos. Los críos le adoraban, le atendían, le entendían, le obedecían, aprendían. Jon Ander tenía estilo, vestido de blanco representaba al pueblo en las competiciones, no le faltaba carisma. Eran varios los policías colegas que tenían a sus hijos entre los alumnos.

El día de la detención, casualidad, se acercaron al frontón quienes, por su parecido, parecían ser su padre y su madre, sin que se percataran de nada. Esta circunstancia hizo que los encargados de la detención se apresuraran a llamar a la dotación para que demoraran la presencia del furgón celular, hasta tanto ellos, los progenitores, no se fueran. Detenerle con ambos presentes sólo podía acarrear complicaciones innecesarias.

Enseguida se fue su madre, y al rato desapareció su padre. Era el momento, antes de que pudieran volver. Bajaron a la cancha, se identificaron, le identificaron, le esposaron, le preguntaron si tenía llave de casa y, ante su respuesta afirmativa, le condujeron hasta el domicilio. Los críos estaban aterrorizados. La idea de llevar a cabo la detención durante los entrenamientos había sido buena. Mayor y mejor escarmiento, imposible. Un ejemplo para todos ellos.

Su llegada al portal, casualidad, coincidió con la llegada de su madre. En mala hora, porque al verlo de esas trazas no pudo evitar desvanecerse. Fue atendida enseguida por vecinos, hasta que llegó un médico joven que vivía en el bloque y al que posiblemente alguien avisó a través del portero automático. Subieron al piso y comenzaron el registro. Para entonces se había corrido la voz y cada vez era más la gente que se arremolinaba en la plaza. El único que no se había

enterado de nada era su padre. Próximo a él, desde que se alejó del frontón, toda la tarde noche estuvo un compañero de paisano.

Al licenciado, disfrazado ahora de columnista, le gustaba tomar vinos con los amigos, y aquella tarde no iba a ser la excepción. Tras su paso relámpago por el frontón, eso es lo que estuvo haciendo. Como todos los días, alrededor de las nueve, tras rematar con la espuela, se despidió, se separó de la cuadrilla e inició el camino de casa, a cenar y a la cama. Conforme se fue acercando al bloque de doce pisos donde vive, contempló, extrañado, aquel tumulto inusual de gente que llenaba casi la plaza, y dirigió la vista a los pisos altos del edificio. Aquello no era normal. Pensó probablemente en fuego, pero no había humo. Puede, también, que pensara en alguien que bien pudiera haberse lanzado desde el balcón, pues, no hacía mucho, había tenido lugar allí mismo un suceso semejante —una mujer joven se tiró balconada abajo, tras dar de mamar a su hijo—, pero no había ambulancia. Cuando estuvo más cerca, se percató de que, sobre un trípode, alguien estaba filmando. Fue sólo un segundo, pero notó que todos volvían su mirada hacia él al verle llegar, incluida la cámara. De pronto, una vecina amiga abandonó el grupo, y, echándose a llorar, le soltó sin ambages: «Han detenido a Jon Ander».

Nada más escuchar la noticia, echa a correr camino del portal, y allí un compañero, con la cara tapada, le prohíbe el paso. Por eso está la plaza llena. Está reteniendo a las cuarenta y ocho familias que habitan el bloque mientras dure el registro. No le hace caso, le aparta con la mano y entra. Va al ascensor y ve que el policía le sigue, exigiendo su identificación. Se vuelve, le mira de abajo arriba, lanza la primera blasfemia, una muy grave y, sin parar, le conmina a que sea él quien se identifique primero. No recuerda muy bien, pero, más o menos, vino a decirle algo parecido a que «yo estoy en mi casa y eres tú el que no estás en la tuya». El compañero

duda entre dejarle subir o no, entre subir con él o quedarse. Decide, con buen criterio, permanecer cubriendo la entrada.

La ascensión al décimo son veintiséis segundos. Al llegar al piso y ver el panorama, espata su segunda blasfemia del día. Y repite la del portal. Esta vez, con más auditorio.

Entra y encuentra el pasillo repleto de encapuchados. No ve a su mujer ni tampoco a su hijo. Les llama. Avanza superando compañeros armados que, acostumbrados a este tipo de situaciones, le miran impasibles. Por fin, les encuentra. Están allí, en la habitación del detenido, vaciando los cajones. Le ve esposado. Le intenta abrazar. No le dejan. Le separan. Se resiste. Con Jon Ander, un funcionario judicial tomando nota de lo que van metiendo en las cajas y, a cara descubierta, el jefe del operativo, aparentemente irritado y sorprendido porque no encuentra lo que busca. Una colección de no menos de doce *txapelas* de pelota con sus respectivos trofeos reposa en los estantes del cuarto que están requisando. Algunas cuelgan de clavos imperceptibles, incrustados en la pared.

El recién llegado no puede estarse quieto. Se enfrenta a todos y, paseando entre los compañeros, les dice lo despreciables que le parecen, les invita a que se quiten las capuchas para verse cara a cara, les recuerda lo asquerosa que le parece nuestra profesión y les recrimina la profanación que están haciendo de su intimidad, ensuciando con su presencia su domicilio. «Me lo vais a dejar con olor a perro», les dice. El jefe del operativo, entonces, pierde la paciencia, se encorajina, sale del cuarto y le dice que le va a esposar a él también si no se calla, que se esté quieto y que le deje hacer su trabajo. Contesta que ni él ni ninguno de los que está con él saben lo que es trabajar ni lo han sabido nunca. El jefe, descompuesto, le amenaza, entonces, con no permitirle despedirse de su hijo cuando se lo lleven. Cuando se le ve a punto de hacer uso por tercera vez de la blasfemia, interviene Jon Ander y le pide que lo deje, que no merece la pena empeorar más las cosas, y le hace caso. Se marcha de la habitación y se recoge con su

esposa en el salón, desolados los dos, siempre bajo la mirada de los compañeros encapuchados. Esta comunión entre padre e hijo resultará más tarde determinante en los interrogatorios para ir minando la presumible resistencia del detenido.

Al acabar el registro y llevárselo, se abrazan los tres. Jon Ander les pide tranquilidad, les promete que todo se va a aclarar, asegura que todo es una farsa, les pide fortaleza y ellos le desean lo mismo. Un compañero pregunta si le sacan a la calle con la cabeza tapada o no, y esto le da pie para gritar que su hijo no tiene nada que ocultar y que puede, al contrario que ellos, ir con la cabeza bien alta. Llega el ascensor y, excepto los progenitores, que se quedan, van bajando, por turnos, todos en silencio.

No me queda más remedio que interrumpir al compañero que me desmenuza todos los detalles y le espeto:

—Oye, macho. Que parece que te estás poniendo del lado del viejo.

—Joder, Manu. Tú porque tienes el trasero pelado, pero yo es la primera vez que asisto al registro de un domicilio. Además, ¿no me has dicho tú mismo que te lo cuente tal y como sucedió? Si el jefe no le rompió la cara o le estrelló los huevos, yo no tengo la culpa.

—Vale, tío. Que lo estás haciendo muy bien. No era más que una broma.

Una vez en la calle, como ocurre siempre con estos bastardos, los gritos de ánimo al detenido se multiplican. Son momentos de incredulidad por parte de esa gentuza, lo peor de cada casa, que abarrota la plaza. Momentos de rabia, de menosprecio y odio hacia los uniformes que vestimos. Lo sabemos. Estas reacciones, lejos de violentarnos, las consideramos fruto de un trabajo, el de mis compañeros en este caso, minuciosamente ejecutado.

Ya en el furgón, lo de siempre. Ración de insultos y sarta de humillaciones. Hay que amedrentar. Jon Ander les pide que le aflojen las esposas, pues, en su condición de pelotari,

tiene las muñecas algo hinchadas con motivo de los entrenamientos, petición que aprovechan los compañeros para proceder a apretarlas un poco más, justo hasta donde les es posible hacerlo sin abrirle herida. «Pedid y se os dará, payaso corruptor de menores», es la respuesta.

En el balcón del décimo piso, pueden verse, recortadas, dos siluetas que han salido para verle partir y que se abrazan, llorando.

Como digo, es muy importante saber todos estos detalles que me va relatando el compañero antes de dar inicio a los interrogatorios. Facilitan el trabajo y lo hacen más eficiente. Un padre que se envalentona, farruco. Una madre que pierde el conocimiento, sensible. Un hijo que representa a su club y a su pueblo como deportista, involucrado o no en la lucha callejera. Un grupo de desafortunados que ruge al verle partir. Y otro grupo, más numeroso, que condesciende, sin atreverse a asomarse a sus ventanas.

—¿Tiene hermanos? —le interrumpo al compañero.

—No. Es hijo único.

—¿Novia?

—Sólo amigas.

—¿Estudiaba?

—Estaba, creo, en segundo de Periodismo o haciendo algo de Magisterio deportivo. Te lo confirmo en un momento.

Era suficiente. El cuadro, ahora, estaba completo. Yo tenía que saber aspectos de su vida o, al menos, aparentar que los conocía. El detenido tenía que desconcertarse al comprobar mis descubrimientos sobre su persona y su entorno. De mí dependía, ahora, administrarlos adecuadamente. Encajar las piezas del puzle, sacar jugo de la información obtenida, eso sí que era, ahora, de mi exclusiva incumbencia. Pero ése era mi trabajo; de ello, precisamente, vivía yo y se alimentaban mis hijos.

VIII

A los detenidos, por regla general, no se les interroga hasta que no se cumplimenta el trámite de llevarles al hospital a que les reconozcan los doctores. Pura rutina. Nos interesa que los médicos, si las tienen, les detecten hasta la más mínima de las lesiones, para evitar posteriores posibles sorpresas desagradables en forma de denuncias.

Además, lo mismo que ocurre cuando vamos al dentista, cuanto más demoremos nuestro encuentro a solas con ellos, merced a este trámite, peor se lo pasan, más sufren. La desazón que produce la espera en el odontólogo, dando vueltas y más vueltas a lo que presagiamos que inexorablemente está a punto de sobrevenirnos, por ejemplo, el pinchazo o el torno, es más insoportable que la propia extracción. Manejar esos tiempos muertos con maestría es lo que nos distingue a unos profesionales de otros. A los buenos de los mediocres, a los sutiles de los, dijéramos, un poco más zafios.

Aprovecho el traslado de Jon Ander a los médicos para entrar en el baño de comisaría y, allí, preparar mi encuentro con él, tan pronto como lo traigan. Aunque siempre es la misma o parecida, me gusta poner en orden mi estrategia. Aquí no hay petirrojo que me ilumine, surgiendo policromo de entre las blancas cortinas. Únicamente la foto de calendario de una mujer lozana, desnuda, colgando del envés de la puerta. Sentado en la cazuela, con los pantalones a media caña, las manos en las mejillas y los ojos cerrados, me resulta fácil dar inicio a mis reflexiones. Sólo en este entorno, ya lo tengo dicho, me es posible la concentración.

A mí, a los detenidos, me gusta que me los entreguen sin que sepan de qué se les acusa. Nosotros, de estos alevines del terror, sólo sabemos lo que sabemos, que en sus respectivos municipios destacan por el manejo del engrudo y por estar en todos los guisos donde se cuece nuestra deteriorada reputación. Es lo único que conocemos de ellos. Y nos vale. Pue-

den ser o no protagonistas en la lucha callejera. A mí me da igual. Pueden pertenecer o no a banda armada. A mí me da lo mismo. Yo trabajo bajo un lema: todo el que no está con nosotros está contra nosotros. Y debe pagar por ello. En lo que a Jon Ander respecta, su mera presencia en el funeral le había hecho acreedor de su segunda detención. Para mí era suficiente.

Cuando me traen, pocas veces, a alguien al que acaban de sorprender *in fraganti* o con explosivos o con armas, ni me entusiasmo ni me hace maldita la gracia, pues el mérito ya se lo ha adjudicado otro compañero, que no soy yo, sino, precisamente, el que le ha sorprendido. Yo puedo hacer que inculpe a otros, está bien, pero me acaban de privar del fabuloso logro que supone conseguir su propia inculpación. Que admitan lo que no han hecho, ése es mi trofeo. Cuando lo consigo, reviento de alegría. Sólo entonces me siento bien y quedo satisfecho del todo, henchido y realizado, igual que cuando logro culminar un polvo irrepitible.

Los medios que yo emplee para alcanzar mi objetivo, no le competen a nadie sino a mí. Nunca nadie me va a pedir cuentas de su utilización. Dicho de otra forma, a mí lo que me gusta, remedando al Presidente, es encararme a vascos y vascas catalogados como terroristas presuntos. Mi misión, lo sean o no, consiste en desgraciarles de por vida. Yo tengo que anularles, a poder ser para siempre. Yo necesito estar presente, incluso en sus sueños. Mi trabajo no tiene otro sentido, y por eso me lo remuneran, aunque seguiría haciéndolo, incluso en el hipotético caso de que, un día, por falta de medios, decidieran no hacerlo. A tal grado llega mi simbiosis con el tormento. Lo reconozco. Yo tengo que convertirme, lo he dicho ya antes, en la eterna pesadilla de mis torturados. Si son distintos, ya son mis enemigos. Y, si son enemigos, tengo que asfixiarlos, aniquilarlos.

Mientras reflexiono y pienso, me es imposible evacuar. La mayoría de las veces lo hago cuando doy fin a mis cavilacio-

nes. Hoy no está siendo así. Esta sensación de ansiedad, de querer y no poder, es una de las situaciones que más irritación me produce. Aunque hoy tengo quien pague por mis zozobras. Miro y veo que no hay necesidad de tirar de la cadena. Me levanto y es entonces, con el movimiento, cuando retornan las ganas. Me vuelvo a sentar y regreso, de nuevo, a mis pensamientos.

En su trayecto de ida y vuelta con motivo de la inspección médica, me imagino, y no me equivoco, a los detenidos haciendo frente a dos preocupaciones fundamentales: una referida a su propia estima y la otra referida a la estima que estén mereciendo por parte de los que van conociendo su detención e imputaciones. Por un lado, dudan de su capacidad de resistencia. Su miedo va, poco a poco, convirtiéndose en pánico. Es su primera vez, y saben que la realidad suele superar ampliamente a lo previamente escuchado o imaginado. Nunca antes se habían visto tan solos, tan desvalidos, tan desamparados, tan desesperados. Por otro lado, les preocupa la reacción de padres, amigos, alumnos, familiares, conocidos. Saben que radios y televisiones, periódicos y diarios les estarán dedicando sus entradas, sus primeras páginas, dando por ciertas imputaciones de acciones que vaya usted a saber, nosotros no, quién las ha cometido.

La primera de las torturas, como digo yo, es la que ellos mismos se infligen dando vueltas y vueltas y vueltas a esas dos realidades. Ellos son, pues, los primeros que, sin querer, se maltratan. La angustia en que dejan a sus padres, la drástica interrupción de sus carreras, en fin, el previsible largo alejamiento de amigos y amigas, la escasa aportación lograda con su lucha, son cargas muy difíciles de asimilar.

De ahí que el conocimiento de estos comportamientos íntimos constituya el abecé de un buen interrogador. Por eso, lo primero que les escupo, al encontrarme por primera vez con ellos, es que son escoria, que fuera todos los repudian, que hasta la familia les está dando la espalda, que son la hez

de la sociedad. A mí no me entusiasma, aunque si me veo forzado no le hago ascos, maltratar físicamente al detenido. Eso corresponde a otros compañeros. No le encuentro mérito a ganarles por la fuerza, prefiero ganarles por maña. Les hace muchísimo más daño y éste es más duradero.

Sin lugar a dudas, los más cercanos a los detenidos, en lo que a sufrimiento respecta, son sus padres. Más que sus parejas o amigos o hermanos. Ningún padre se lo espera, hasta que le toca. Son los más afectados. En principio, no quieren pensar en qué habrá hecho ni les importan demasiado las acciones que les imputan y en las que hayan podido o no participar. Son sus hijos. Lo que de verdad temen y les comprime el estómago es saberles a nuestra merced: sus hijos en manos de un grupo que consideran mercenario. Sus hijos solos, de noche y de día, a merced de refinados psicópatas. Eso es lo que realmente les preocupa.

Sus hijos indefensos, sin nadie, escuchando sus propios gritos, humillados, mancillados, violados. Imaginan que todo cuanto han leído y oído que había ocurrido a otros detenidos anteriormente, les puede estar empezando a ocurrir ahora a ellos. Intentan vanamente aliviarse, diciéndose que, en medio de todo, han tenido suerte de que seamos nosotros los que le hayamos detenido, pero algo, no saben decir qué, les dice que no deben hacer caso, que todos son iguales y que, incluso, con nosotros puede ser todavía peor. ¿Habrá que darles la razón?

Arranco una tira de papel, me limpio, tiro de la cadena y, con la escobilla, restriego los restos que han quedado pegados a la cerámica. Debido a la cómoda postura que adopto cuando me siento en el trono, siempre quedan cazcarrias alcahuetas en la loza. Perfumo la estancia con profusión, me lavo las manos, me atuso las entras, entro en la sala y espero a que lleguen los detenidos tras la inspección médica. No pueden tardar mucho. Me acomodo en el sofá y, como he dejado de fumar, cojo una de las revistas que hay en el estante. No puedo concentrarme y la dejo. Al cabo de un rato, un frenazo

en el exterior me hace levantar. Ya están aquí. Me asomo a la ventana y les veo. Salen de uno en uno, con la cabeza tapada. Desaparecen camino del túnel, conducidos a empellones. Comienza la función, empieza lo bueno.

La sala de interrogatorios es nuestro recinto sagrado, mi templo, el aula donde ejerzo un particular magisterio, también mi salón de juegos. Una especie de burbuja cuya opacidad me confiere la mayor de las libertades a la vez que nos inmuniza de las veleidades del exterior. De pocos puestos de trabajo se puede afirmar lo mismo.

IX

—Hola, Jon Ander. ¡En pie! De ahora en adelante, siempre que me veas entrar, te pondrás de pie, ¿entendido? —se encontraba sentado en el suelo, respaldado en la pared—. Un detenido es nada, no es nadie. Ni siquiera un despojo. Y un *etarra*, todavía menos.

Tras mis palabras de bienvenida, se abre un silencio. Obedece, se levanta despacio y me mira. Está esposado y se le escapa un leve gesto de dolor al incorporarse.

—¿Cómo te encuentras?

No contesta. Sigue callado. Me mira sin miedo, sin rencor, sin expresión. Me mira, simplemente. Pero no despega los labios. Es raro, porque todos, aunque de nulo interés, acostumbran a decir algo. ¿Estaré ante un presuntuoso tirado para adelante? ¿O ante un listo? Sé de sobra que no debo perder los estribos y abandono por momentos las preguntas directas.

—Aquí no te han traído por lanzar piedras y esconderte debajo de la cama de un camión —intento ser amable.

No dice nada, pero es obvio, sus ojos se ensanchan, que la cita le sorprende. Entre los papeles que sacaron de casa en el registro, había un manual con instrucciones para casos de

detención. Seguro que se lo proporcionaron, tras la primera retención en las exequias. No me inmuto, aunque intuyo dificultades. Su mirada es serena. Me está echando un pulso. No tengo prisa.

Hago que traigan una silla, me voy hasta el centro de la sala, me siento del revés y ordeno que nos dejen solos. Le ruego que se coloque delante de mí y que me mire. Le digo que se ponga de cuclillas, la postura de gozar, y me hace caso. Le invito a que separe más las piernas y obedece. Le repito las preguntas y él me repite los silencios. Me levanto y, con el pie, le golpeo fuertemente los tobillos para que separe más las piernas. Se duele pero no profiere ni grito ni gemido alguno. Sigo hasta que comienza a sudar y las gotas descienden por su cara, precipitándose hasta el suelo.

—La actitud que estás adoptando no es la que más te conviene, Jon Ander. Tengo tres días y tres noches a mi disposición. Más la prórroga. Son días que a ti te van a saber a años, si no te comportas. Si te soy sincero, yo que tú cambiaría de táctica, antes de que me fuerces a hacerlo. Tarde o temprano, como todos, te vas a venir abajo. Si yo pregunto, tú me respondes, ¿entiendes? Ya ves que mi disposición está siendo, desde el principio, complaciente, de amigo.

Me consta que Jon Ander se rompió y torció una rodilla jugando, en el frontón, un partido oficial. Lo he leído en el expediente médico que, confidencialmente, nos han facilitado en el hospital. Le trasladaron en ambulancia y posteriormente le trataron en una clínica privada concertada para deportistas federados.

—Va a ser mejor que, si pregunto, contestes, que establezcamos un diálogo. Eso es lo que yo creo. Por las buenas todo irá mejor.

Le bajo su pantalón de chándal y es en la rodilla derecha donde encuentro huellas de la intervención. No me gusta lo que voy a hacer, pero noto que me estoy enojando, que estoy perdiendo la paciencia. «Sin pisar con los talones», le digo y

le golpeo con el pie repetidas veces en aquel tobillo, el de su pierna mala. Se resiente. Lleva un montón de tiempo en la misma postura. El sudor ha logrado formar una balsa, un pequeño charco a sus pies.

—¿Cómo te encuentras?

Silencio.

—Te estoy hablando.

Más silencio.

—¡Arriba! ¡Contra la pared!

Intenta levantarse, no se sostiene y cae de bruces. Ha perdido el conocimiento o al menos eso parece. ¿La causa? Merced al cambio brusco de postura, la sangre se le habrá precipitado venas abajo. Llamo a los compañeros. Traen una bolsa de hielo y se lo aplicamos en la frente. Reacciona inmediatamente. Pide agua. Les digo que le pasen la bolsa por los labios y a él que esto no ha hecho más que empezar.

—¡Arriba! ¡Contra la pared! Parecéis mujerzuelas...

Se limpia la saliva y el sudor con el reverso de sus manos hinchadas. Se dirige hacia donde le acabo de indicar. Un compañero le da una patada para que camine más aprisa. Se tambalea, pero esta vez resiste sin caer.

—¡Los brazos en alto y las piernas abiertas! ¡Más altos! ¡Y más abiertas! ¡El pecho pegado contra el tabique!

Es la postura que llamamos de la araña o del hombre araña. De cara al muro, sin ver nada, el torturado no sabe, sólo se figura o imagina lo que le puede venir por detrás.

—¿Vas a contestar a todas mis preguntas? ¿Vas a entrar en razón o prefieres que me enfade?

No abre la boca. Me está exasperando. No sé siquiera como suena su voz. ¿Me estará queriendo decir este mono que, todavía, me queda mucho por aprender? Le pego de nuevo en los tobillos para que separe las piernas y le fuerzo los brazos para que el dolor le haga mella en las muñecas esposadas. Se queja pero no contesta.

—Peor para ti.

Y cojo la silla y la incrusto contra el muro, muy cerca de su oreja. Salta hecha pedazos. El ruido es espantoso. Se vuelve. Me mira.

—¿Estás bien?

No dice nada. Le paso la mano por el hombro. Intento ser cariñoso.

—No me estás gustando nada, Jon Ander. Cuanto antes empecemos a entendernos, antes acabaremos.

Sigue mudo. Es tozudo. Éste no es caramelo al que resulta fácil despegar el envoltorio. No tengo duda. Está jugando conmigo. Cojo una de las patas de la silla, le bajo por detrás los pantalones y amago con introducirle el palo por el ano. Se contrae. Con el mismo palo, le acaricio los glúteos, la cintura, las ingles. Nada. Me estoy cansando y hago que entren los compañeros que me asisten.

—Lléváosle. Música y luz a tope. Que no descanse. Si intenta sentarse o tumbarse, mano abierta a los testículos. Eso le quitará las ganas de dormir. Nos vemos en veinte o treinta minutos.

Antes de irme, le digo que se vuelva. Lo hace. ¿Cómo puede estar tan entero? Misterios del deporte. Le paso el pulgar por los labios. Me rechaza. Le paso, suave, la mano por los genitales. Se echa para atrás. Le guiño un ojo, le lanzo un bosquejo de beso y siento que le estoy dando un asco infinito.

X

Ya en la sala de estar, me sirvo un café y conecto la cámara del calabozo a donde le acaban de llevar. Mis compañeros ya han comenzado con su labor. Le aconsejan que no se empeñe y que entable conversación conmigo. Que esto no es más que el aperitivo, que esto no ha hecho más que empezar, que ya se ha solicitado la prórroga de la incomunicación, que siempre la conceden, que la movilización en la calle ya ha remitido

ante las imputaciones que aparecen en los medios, que hay más detenidos que están confesando, que no sea estúpido y que pierda toda esperanza. El objetivo es no dejarle descansar, no permitirle ni siquiera cerrar los ojos. Y lo están consiguiendo, sin acudir a un excesivo mal trato, de momento. Apago el monitor.

Transcurrido el tiempo acordado, tomo un botellín de agua y me dirijo a la sala a donde ya han vuelto a llevar al detenido. Mis compañeros salen y nos dejan solos. Al de poco tiempo, me traen otra silla para suplir a la rota. Me siento del revés. Hago bajar, con una señal, el tono de la música.

—De cuclillas —le digo—. Más separados los talones.

Si le hago preguntas, me da que tampoco me va a contestar, y yo no quiero ni encorajinarme ni perder la calma. Al menos de momento, ya que esa debilidad refuerza su comportamiento. Como era de prever, le cuesta mantenerse en esa postura. Y aprovecho.

—Tú eres un hijo de puta. Dime que eres un hijo de puta.

Sigue sin querer hablar. No me importa. Tarde o temprano lo va a tener que hacer. Consciente o inconscientemente, pero lo va a tener que hacer. Todos claudican y no permitiré, lo tengo muy claro, que precisamente él sea la excepción. Sería indigno de mí.

—Te he dicho que eres un hijo de puta. Sí. Yo también soy un hijo de puta. ¿Y sabes por qué soy un hijo de puta? Porque mi madre es una puta. Por eso yo soy un hijo de puta...

Me envía media sonrisa. ¿Le hago gracia? ¿Me reta? Sea lo que fuere, creo que estoy en la senda correcta. Es lo que deduzco de su gesto.

—Tú eres un hijo de puta y yo soy un hijo de puta. Los dos somos dos hijos de puta. Dime que soy un hijo de puta...

Bajo sus pies, se está empezando a formar, de nuevo, un charco. La postura de gozar les hace sudar más que cualquier otra.

—Te he dicho que me digas que soy un hijo de puta...